

Clasificación tipográfica de las cosas del mundo

1.

En su afán por definirlo hay quien dice que un poema nace y muere entre dos márgenes precisos. Bajo este criterio, un poema no es más que un formato discursivo cuyo contenido sería aparentemente indistinto. Así, su esencia queda reducida a la mera intención del autor, quien dice “esto es un poema, léase como tal”.

Y pienso: si fuese así de sencillo y tan solo pudiera entenderme con la facilidad de los espacios y las comas, si pudiera puntuarme, corregirme, secuenciarme, no estaría buscando razones para existir. Simplemente me escribiría, me traspapelaría. Y lo haría bien. Me haría bien. No le dejaría lugar al recuerdo, al dolor por el recuerdo, a la depresión. No le dejaría lugar al tiempo, porque un poema es virtualmente imperecedero. Mi vida sería un poema solo descifrable por mí. Y lo condenaría a ser piedra: no-vida que no muere, doppelganger de tinta inerte. Entretanto, yo estaría ocupado viviendo la simpleza de una existencia ajena a los papeles, encarnando perfectas tachaduras de piel y hueso. (Por suerte, no hay academia para los sentidos).

Lamentablemente, a falta de recursos discursivos que cuenten con semejante omnipotencia, me veo en la necesidad de ensayar otros que inevitablemente harán de mi escritura una antología de fracasos. Más todavía ciertas pretensiones siguen rondando por mis hojas: quiero engrandecer mis palabras para precisar un poco más mi vida. Intuyo que es una tentativa sin sentido, si acaso el sentido vive en las cosas muertas.

2.

Cuando yo, sujeto empírico, real, concreto, prefigurado por las palabras y el estilo que utilizo, me quedo sin nada más que decir, es pertinente darle lugar a la ficción para que las palabras retomen su color, su calor, su vivacidad. Sin embargo, aunque ponga en práctica los mecanismos de la imaginación creadora, los sentidos se me escapan y nuevamente fracaso. Acaso lo poco que consigo sea un simulacro de belleza. No hay nada que hacerle, el desamparo de mis palabras hace de mis ideas un silencio que se transforma en un grito intraducible. Será que a mis pensamientos les falta mundo. A pesar de esto escribo, escribo por mis límites y por los días que se van, escribo porque las voces que no son mías y que viven por mis manos se repiten en vano para no

hablar de mí.

3.

No se pueden superar las contradicciones de la creación. En todas partes abundan las réplicas, lo cual es síntoma inequívoco de la decadencia y prueba irrefutable de nuestra escandalosa mediocridad. El estruendo es mayor en tanto se cae de más alto. Por esa razón mi deseo más carnal es romper con las convenciones. Pero, si estas no existieran, ¿bajo qué términos persistirían las diferencias y las síntesis? ¿bajo qué leyes se decodificarían estos débiles símbolos que pretenden señalar porciones de algo que se alza más allá o más acá de los estímulos? Mejor que me dejen, esos signos, si no alivian esta pena de saberme terminado. Que se borren, si no aplacan esta inquietud que me exhorta a escribir, a sacar mis penas afuera, para no morir cuando muera.

4.

Prefiero pensar que la comunicación es siempre metafísica y que las palabras, escritas o dichas, no se dirigen a ninguna parte más que al pobre entendimiento. Y me pregunto si acaso él sabe de encuentros cuando del mero aliento descifra ideas y conceptos. Por mi parte, me inclino por el verdadero lenguaje. Aquel que torna a los signos más tangibles que nunca, aunque no puede precisarse. Aquel que no confunde y hace explícita las expresiones y cuyas referencias son palpables, pura carne y meta carnaval.

Ignacio Pantano

